

TEATRO CÓMICO.

---

LOS DESAMPARADOS,

---

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO.



E. M. R.

MADRID:  
IMPRENTA DE PEDRO ABIENZO,  
CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

— 4 —  
1874.

1875

1875

1875

1875

1875

1875

# LOS DESAMPARADOS,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

MARIANO CHACEL.



MADRID:  
IMPRESA DE PEDRO CABIENZO,

CALLE DE LA PAZ, NÚM. 6, LIBRERÍA.

1874.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

TERESA.....	SRAS. VEDIA.
DOÑA MARIA.....	ARTIGUES.
CONSUELO.....	GARCÍA.
FERNANDO.....	SRES. MARISCAL.
ANSELMO.....	LOPEZ.
DON FERMIN.....	GALZA.

~~~~~

*La escena pasa en Madrid.—Época actual.*

~~~~~

---

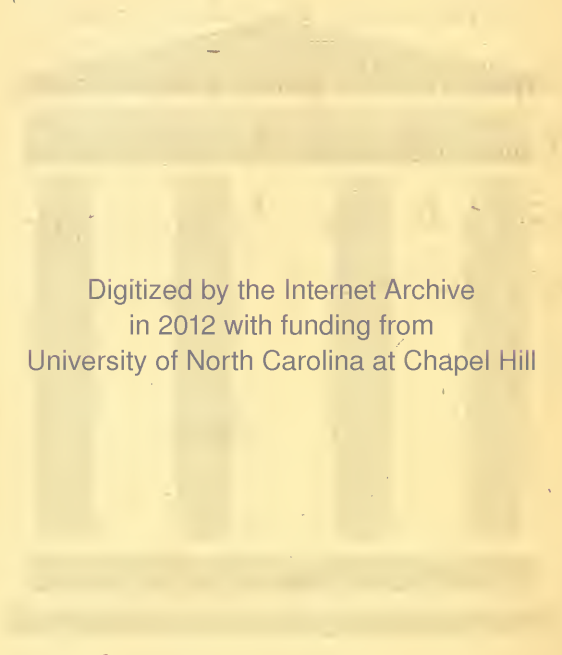
La propiedad de esta obra pertenece á los SRES. GIMENEZ Y TORQUEMADA, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El propietario se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

He escrito esta obra para el  
discípulo de D. Julian Romea, Don  
Ramon Mariscal; la dedico á mi  
madre, y la dirijo á los que viven go-  
zando olvidados de los que mueren su-  
friendo.

Mariana.



Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

---

# ACTO ÚNICO.

---

Una miserable guardilla.—Puerta en el foro que dá á la escalera.—A la derecha dos huecos; el de primer término cerrado con una cortina que dá paso á la alcoba de FERNANDO.—A la izquierda una ventana, y en último término un tiesto de los que usan los pobres para poner lumbre y una mesa pequeña de cocina con algunos enseres, entre ellos un cuchillo, un cántaro y un vaso.—En el intermedio que dejan los dos huecos de la derecha, otra mesita ordinaria con una lamparilla encendida que alumbrá á una imágen de la Dolorosa.—Un sillón antiguo, alguna silla ordinaria y otra baja cerca de un canastillo de labor, colocado en sitio conveniente.—Está anocheciendo.

## ESCENA PRIMERA.

TERESA, pobremente vestida, viene de la calle con un lio de ropa, Doña MARÍA sale de la alcoba de FERNANDO.

MARIA.        ¡Ah, por fin!.....

TERESA.                                ¿Volvió á llamar?

                              ¿Está peor?

MARIA.                                Duerme ahora.

Hoy la fiebre le devora,  
no cesa de delirar.

TERESA.        ¿Ha preguntado por mí?

MARIA.        Ni un punto tu nombre olvida;  
le he dicho que estás dormida  
en el sillón suyo, aquí;  
y tanto su celo ha sido  
para no estorbar tu sueño,  
que en sosegar puso empeño,

- y se ha quedado dormido.
- TERESA. ¡Pobre hermano; en vano ya sus males remedio esperen!
- MARIA. ¿Esas ropas?.....
- TERESA. No las quieren.
- MARIA. ¿Y el médico?
- TERESA. No vendrá.
- MARIA. ¡Cómo! Y en tal situación nos abandonan con él; pero es infame, es cruel esa determinación.
- TERESA. De medios precisa el mal que aquí no se satisfacen, dice, y para el pobre se hacen los lechos del hospital.
- MARIA. ¡Al hospital! ¡Oh! primero.....
- TERESA. ¡Madre, por Dios, no se entere!.....
- MARIA. ¡Al hospital..... él no quiere y yo tampoco, no quiero!
- TERESA. ¡Mas... la ropa?...
- TERESA. ¡Negra estrella!  
Todo Madrid he corrido,  
y en ningún lado han querido prestar dinero sobre ella.
- MARIA. ¡Pero, gran Dios, qué querrán que tengan los desvalidos!  
¿Cómo han de ser los vestidos de los que no tienen pan?  
Luego hay pobreza gastada,  
hay un más allá que empieza...  
¿qué se llama la pobreza cuando nada vale nada?
- TERESA. Nada vale, y tanto cuesta;  
prendas, vergüenza y dolor,  
son efectos sin valor  
para esa gente que presta.  
¡Y cómo hacer, qué más puedes llevar cuando el hambre acosa,  
y ya no queda otra cosa  
que las heladas paredes,  
el sacrificio postrero,



los olvidados despojos;  
 aun queda el llanto en los ojos,  
 pero no vale el dinero!

MARIA. Y la fé.

TERESA. Recuerdo santo;  
 que aquí existe; bien se vé;  
 claro es que tenemos fé,  
 puesto que nos resta el llanto.  
 Quien vive sin fé no llora,  
 y mucha hemos de ábrigar,  
 cuando sólo de llorar  
 nos sustentamos ahora.  
 Y no es el mal tan profundo  
 mientras la fé nos mantiene,  
 ¡ay madre! quien no la tiene  
 ¿qué es lo que tiene en el mundo?

MARIA. ¡Pobre mártir! Reprimir  
 quiero en vano mi inquietud;  
 pero me falta virtud  
 para miraros sufrir.

TERESA. ¡Aun hay más!

MARIA. ¡Aun más! ¿Qué pasa?

TERESA. Nos han citado otra vez.

MARIA. ¿El casero?.....

TERESA. Pide al juez  
 nos arrojen de esta casa.

MARIA. ¡Pero la ley no atropella!

TERESA. El lo hará, y nos intimida  
 con las costas.

MARIA. ¡Y la vida!  
 ¿Por qué no viene por ella?  
 Pero tú ya habrás parado  
 el golpe, seria horrible;  
 y Fernando..... es imposible.....  
 ¡A dónde irá en tal estado!

TERESA. ¡Cálmate, madre!

MARIA. ¡Qué calma!

TERESA. Sola quisiera penar;  
 ¡mas cómo penas guardar  
 sí ya rebosan el alma!

MARIA. ¡Pobre hija mia! Y qué, has ido

al casero, sí, eso es:  
 te echarías á sus pies  
 y se habrá compadecido;  
 sin duda que le dijiste  
 cuánto su accion nos apura  
 y toda la desventura  
 de nuestra situacion triste;  
 que todo nos va á faltar  
 cuando nos falte este techo;  
 que tu hermano está en el lecho  
 y no lo puede ganar;  
 que nuestra labor apenas  
 nos rinde el pan que comemos;  
 que ya solo poseemos  
 el dolor de nuestras penas.  
 Y sí en tortura mayor  
 nos arroja á sucumbir,  
 más no podremos sufrir  
 y nos matará el dolor.  
 Y bien, dí, ¿te habrá atendido,  
 lograrías conmoverle,  
 no es cierto?

TERESA.

No llegué á verle,  
 nada hubiera conseguido!

MARIA.

Pero aquí nadie ha llegado.....

TERESA.

Al tiempo que yo salia,  
 con la citacion subia  
 un alguacil del juzgado.  
 Llegó Anselmo á la par de él,  
 y despues de dar su nombre,  
 cuando se alejaba el hombre  
 rompió indignado el papel;  
 luego de prisa bajó,  
 y cuando tras el salí  
 quise hablarle y ya no ví  
 por qué camino emprendió.

MARIA.

Su cariño nos abona,  
 ¿no es verdad?

TERESA.

Confía en él;  
 es nuestro amigo más fiel,  
 el que no nos abandona.

FERNANDO. (En la alcoba.) ¡Madre!

MARIA. ¡Tu hermano!

TERESA. Yo voy.....

MARIA. No, verá el llanto en tus ojos.

FERNANDO. ¡Madre!

TERESA. Si tú tienes rojos

los tuyos.

MARIA. No, ¿ves? ya estoy.

(Doña MARIA se seca los ojos apresuradamente y despues de una ligera pausa entra en la alcoba de FERNANDO.)

## ESCENA II.

TERESA.

Cuán intenso es su quebranto.

¡Madre del alma! ¡Qué pena!

¡Cuándo secará su llanto!

¡Por qué ha de padecer tanto,

Dios mio, siendo tan buena!

(Acercándose al foro).

No hay pan ni lumbre, ¡quién viera  
sin duelo miseria tal!

Desolacion por doquiera,

ni la esperanza siquiera

de mi mezquino jornal.

¡Y así de tanto carece  
quien tanto merece así!

¡Pobre madre, ya anochece  
y la infeliz desfallece!

¡Y yo también! ¡Ay de mí!

(Se sienta en la silla baja, y acercando el canastillo de la labor, se dispone á trabajar en un vestido blanco).

Es preciso recobrar  
el tiempo que hoy he perdido;

si, sí, voy á trabajar;

quiero esta noche acabar  
este lujoso vestido.

Feliz su dueña le espera;

mañana le lucirá  
 en un baile; ¡quién dijera  
 que entre lágrimas naciera  
 el que á tanta dicha va!  
 Si mis lágrimas brillaran  
 y se esparcieran cual perlas,  
 y al polvo no se rødaran,  
 y aquí prendidas quedarán,  
 y el mundo pudiera verlas;  
 mi dolor tomando ser  
 causara á la dicha enojos,  
 y fuera digna de ver  
 adornada una mujer  
 con lágrimas de mis ojos.  
 Mas nunca serán halladas,  
 que tendrá adornos mejores;  
 tal vez flores perfumadas,  
 y quedarán ocultadas  
 bajo de un pensil de flores.  
 ¡Y quién se cuida al mirar  
 pensil de flores tan bellas  
 en lo que pueden guardar!  
 ¡No es fácil adivinar  
 que hay lágrimas bajo de ellas!

### ESCENA III.

TERESA y CONSUELO.

CONSUELO. (Con timidez á la puerta.)

¿Puedo pasar, señorita?

TERESA. Pase usted.

CONSUELO. No, si molesto...

(Entrando resueltamente.)

Dirá usted que es un pretesto  
 para hacerla una visita;  
 como una tiene este arte  
 y está tan poco enseñada,  
 con cualesquiera embajada  
 se sopla una en cualquier parte:  
 así no me guarde enojo,

yo soy la de la otra puerta,  
 vivo pegando á la tuerta  
 que vive arrimada al cojo.  
 ¿Vé usted el nicho de guardar  
 el portero el escobajo?  
 Lo vé usted; pues bien, por bajo,  
 y perdone el señalar;  
 como es usted así, decente  
 y no sale al corredor,  
 no tiene usted el honor  
 de conocer á la gente.

TERESA. Siempre es tanta mi tarea.....

CONSUELO. ¡Por Dios, si eso no se opone!  
 Cada cual se las compone  
 y allá se las campaneá.  
 Pero yo me esplico así,  
 aunque tal vez no me esplique;  
 yo duermo contra un tabique  
 que debe caer aquí.  
 Y pido á usted mil perdones;  
 como es de papel la casa,  
 oigo todo cuanto pasa,  
 aunque me ponga algodones.

TERESA. Oh, yo siento.....

CONSUELO. Bueno fuera;

no señora, ¡Ave-Maria!  
 si tan sólo lo decia  
 para que usted lo supiera.  
 Como una siente llorar  
 y es una de igual fortuna,  
 es claro, se aflige una  
 sin poderlo remediar.  
 Mire usted, yo bien quisiera,  
 mis sentimientos son buenos,  
 pero soy ni más ni ménos  
 que una triste lavandera.  
 Ya vé usted, no soy rumbosa  
 ni á mi pobreza se aviene,  
 y aquel que dá lo que tiene  
 no está obligado á otra cosa.  
 Sé que les echa el casero,

que es un bribon por costumbre;  
 que no han encendido lumbre  
 y que no tienen dinero.

Que el hermano está muy grave,  
 y otras cosas que me sé;

la pobreza bien se vé  
 y lo que se vé se sabe.

Perdone usted, soy así,  
 cuando á el alma me se toca  
 me sube el alma á la boca,  
 y ella es quien habla por mí.

Yo no sé fingir, ni más  
 que si la desgracia asoma  
 decir: ¿te hace falta? Toma,  
 que tú me lo volverás.

No se dé por ofendida,  
 los pobres somos iguales;

(Toma la mano de TERESA con movimientos muy rápidos, y la pone en ella el dinero.)

guárdeme usted esos seis reales  
 hasta que yo se los pida.

¡Vá usted á llorar! ¡Voto á cien!

Ya se vé, ¡soy tan paleta!...

(Repite el mismo juego.)

Tome usted esta otra peseta,  
 guárdemela usted tambien.

Podré sin ella vivir,  
 aunque no pico muy alta,

y si algun día me falta,  
 pondré un puesto de pedir.

¡Y pensar que Dios consiente  
 tanta pena en esta casa!...

¿No sabe usted lo que pasa  
 en el palacio de enfrente?

Se vá á casar esta noche

la viuda de un general,

y no cabe en el portal

la gente que llega en coché.

¡Qué damas! Dá asombro el verlas.

¡Ni una ví pobre entre tantas!

¡No caben en sus gargantas

los diamantes y las perlas!  
 ¡Qué troncos! Vino á mis mientes  
 al verlos, considerar  
 ¡qué bien lo deben pasar  
 los caballos de esas gentes!  
 ¡Si ellos pudieran saber!...  
 ¡Si subieran!... ¡Qué bobada!  
 ¡Qué es lo que verían? Nada,  
 porque no hay nada que ver.  
 Las paredes, bagatelas  
 indignas de sus mercedes:  
 ¿quién no habrá visto paredes  
 y pobres por las plazuelas?  
 Esos lo pasan mejor,  
 nosotros nos lo sufrimos,  
 y como á nadie pedimos,  
 no saben nuestro dolor.  
 Y es claro, no acudirán,  
 si en la puerta no fijamos  
 un cartel en que digamos:  
 En esta casa no hay pan.  
 Ea, con Dios, ya concluyo;  
 que más molestar no quiero,  
 yo me voy á mi agujero  
 y aquí la dejo en el suyo.  
 Pregunte en la vecindad  
 por Consuelo á cualquier hora.

TERESA. ¡Oh, gracias, gracias, señora,  
 por tan santa caridad!

¡Consuelo!....

CONSUELO. Sí, no se asombre.  
 Nombre bonito.

TERESA. ¡Si es  
 de un ángel!

CONSUELO. Hasta despues.

TERESA. ¡Dios la habrá puesto ese nombre!

(Pausa.) (CONSUELO vuelve á entrar apresurada-  
 mente).

CORSUELO. ¡Señorita, señorita,  
 un ave de mal agüero!  
 Hacia aquí viene el casero

á hacerles una visita.  
Póngale usted cara fea,  
que el bribon es harto rico:  
abur, que me debe un pico  
y no quiero que me vea. (Váse.)

#### ESCENA IV.

TERESA y DON FERMIN.

TERESA. (Va precipitadamente y corre la cortina de la alcoba de FERNANDO.)

¡Dios mio! horrible sería  
si llegará á sospechar  
Fernando... como evitar...

(Suenan dos ó tres golpes dados con la mano en la puerta del foro.)

él llama, ¡Virgen María!  
Estoy de confusion llena,  
¿qué haré? Saldré al corredor...

(Se dirige á la puerta del foro al tiempo que esta se abre y se presenta DON FERMIN, que permanecerá cubierto en toda la escena.)

¡Ah, ya es tarde!

FERMIN. Servidor,  
celebro que esté usted buena.

TERESA. ¡Caballero, por piedad,  
mi hermano se halla muy grave!..

FERMIN. No es mi intencion, Dios lo sabe,  
aumentar su gravedad.  
Tengo por humanitario  
el respeto á los reveses;  
pero... tocante á intereses  
no le es dable á un propietario...  
(Veremos de conquistar  
con dureza esta hermosura.)

TERESA. Usted ve la desventura,  
no hemos podido pagar.

FERMIN. Ya lo sé que sin malicia  
se atrasan, que no han podido;  
lo siento, yo he decidido



dar un paso de justicia.

TERESA. Más bajo, que él no comprenda;  
porque es terrible su mal,  
un aneurisma.

FERMIN. Es igual,  
basta con que usted me entienda;  
vengo á cobrar.

TERESA. (Suplicante.) ¡Caballero!

FERMIN. Suprima si gusta el llanto;  
vengo á cobrar, por lo tanto,  
las lágrimas no es dinero.

TERESA. ¡Imposible!

FERMIN. En este trance...

TERESA. ¡Señor!

FERMIN. Hemos concluido;  
yo solamente he venido  
por si se evitaba el lance.  
La solución es cercana,  
el desahucio es evidente;  
¿no me pagan? Bien, corriente,  
ya lo veremos mañana.

TERESA. ¡Señor, piedad!

FERMIN. Mi conciencia  
ya cumplió por esta vez;  
yo cedo el asunto al juez  
y él dictará providencia.

TERESA. ¡Compasion!

FERMIN. La caridad  
no tan en grande conviene;  
usted ignora que tiene  
mil cargas la propiedad.  
Mi propio interés me abona;  
entre otras muchas razones,  
yo pago contribuciones  
y nadie me las perdona.  
Conque lo dicho, y así,  
es inútil que batalle.

TERESA. ¡Nos hemos de ir á la calle!

FERMIN. ¡Y qué me cuenta usted á mí!  
Pues hombre, gracia tendria;  
¿si á todo el pobre que pasa

le fuéramos á dar casa,  
 qué de nosotros seria?

TERESA. Si en infortunios agenos  
 blasona usted de bondad,  
 si es mucho la caridad,  
 tenga usted lástima al menos.  
 Imposible nos seria  
 pagarle hoy, mas con fé  
 y un plazo, trabajaré  
 sin descanso noche y dia,  
 hasta que fuerza me nieguen  
 mis manos y en tanto pueda;  
 hasta que mi cuerpo ceda,  
 hasta que mis ojos cieguen.  
 ¡Y que, si así se concilia,  
 la Virgen me amparará.  
 usted, señor, cobrará  
 y hará un bien á esta familia!  
 ¡Un plazo!

FERMIN. Si tal me ofrece.....  
 tal vez haga el beneficio.  
 (Es muy linda, un sacrificio  
 muy bien la niña merece.)

TERESA. ¿Qué decide?

FERMIN. Yo veré.....

Voy á lo propio á otro piso,  
 y en tanto será preciso  
 que lo piense, volveré.

(Acercándose y con intencion.)

Quizás de mi decision  
 salga usted más gananciosa;  
 no pide en valde una hermosa  
 á un hombre de posicion.

TERESA. ¡Caballero!.....

FERMIN. Está en tu mano  
 la suerte; tú has de escoger,  
 siempre triunfa la mujer  
 en el corazon humano.

TERESA. ¿Qué dice usted?

FERMIN. Por mi nombre,  
 que haré que tu suerte sea

mas dichosa. (Váse D. FERMIN.)

TERESA.

¡Y me tutea!

¡Qué es lo que quiere ese hombre!

ESCENA V.

TERESA, DOÑA MARÍA sale de la alcoba de FERNANDO; ANSELMO  
llega por el foro.

TERESA. ¡Ampárame, Virgen pura!

(Viendo á DOÑA MARIA.)

¡Madre!

MARIA. ¡Teresa, hija mia!

(Viendo entrar á ANSELMO.)

Anselmo, el cielo te envía,  
evitad una locura.

TERESA. ¡Qué!

ANS. ¡Qué pasa!

MARIA. No asustarse,

sin duda está delirando;  
la fiebre le está abrasando  
y pretende levantarse.

ANS. Yo iré, me atenderá á mí.

MARIA. Entrad los dos.

ANS. Antes quiero.....

Di, Teresa, ¿es el casero  
ese que salió de aquí?

TERESA. El es.

ANS. No debí dudar;  
si no tiene parecido!...

MARIA. ¡Cómo! ¿Es él quien ha venido?

Te he sentido sollozar.

¡Y yo sin poder salir!....

¿Vino á apurar el tormento,  
ó tiene remordimiento  
de hacernos tanto sufrir?

TERESA. A insultar nuestro dolor,  
á eso vino.

ANS. (Haciendo ademan de salir.)

¡Quién consiente!

¡Oh! Ya verá...

TERESA.

¡No, detente;

eso sería peor!

ANS.

Dices bien, que castigáran  
 los jueces mi atroz delito.  
 Ese es un mónstruo maldito  
 á quien las leyes amparan.  
 ¡Oh! Le conozco muy bien,  
 que me han contado su historia;  
 de él tienen triste memoria  
 infelices más de cien.  
 Dicen que veinte años há,  
 miserable y sin haciendas,  
 era un pobre barre-tiendas  
 de la calle de Alcalá.  
 Hoy tiene rentas no escasas,  
 y entre otras mil bagatelas,  
 un gran almacen de telas  
 y catorce ó quince casas.  
 Y aunque parezca locura,  
 sepan que tanta riqueza,  
 se la debe á la pobreza  
 por mediacion de la usura.  
 Triste verdad en desdoro  
 de las leyes en que estriba;  
 la pobreza es productiva  
 como una mina de oro.  
 En otro tiempo no añejo  
 el que al robo se entregaba,  
 salia al campo, robaba  
 y esponia su pellejo.  
 Ya las formas son más finas,  
 y esto progreso denota.  
 Llega usted, paga su cuota  
 y se anuncia en las esquinas.  
 Y es sabido lo que pasa;  
 como ovejas, sin chistar,  
 van á dejarse robar  
 cien pobretes á su casa.  
 Glorias de la ilustracion,  
 que la ley ha sancionado,  
 el robo matriculado

como... la prostitucion.  
 No quiero hablar... pensé ver  
 á ese hombre, y hubiera ido  
 antes de estar advertido  
 de lo bajo de su ser.  
 Más breve es saldar su cuenta,  
 y no está lejos mañana,  
 que concluye la semana  
 y pagarán en la imprenta,  
 ¡A qué buscar compasion  
 en quien vive del tormento!  
 ¡Qué entiende de sufrimiento  
 ni qué cosa es corazon!

MARIA. Pero no he de consentir  
 tu sacrificio.

ANS. Confieso  
 que ya contaba con eso,  
 mas no vale resistir.  
 Dado el derecho mejor  
 que cabe al amigo fiel,  
 no ha de preferirle á él  
 si ha de elegir acreedor.

MARIA. ¡Oh! gracias...

ANSELMO. ¿Verdad, Teresa?...  
 pero me estoy aquí hablando  
 y me olvido de Fernando,  
 que es lo que más interesa.

MARIA. Sí, sí, tambien he de entrar;  
 hace poco me pedia  
 agua y estará tan fria  
 que la precisó templar.

ANSELMO. (A TERESA.) Vamos, hay que sonreir,  
 inspirarle fortaleza.

MARIA. ¡Oh! Disipad su tristeza  
 aunque tengais que fingir!

(TERESA y ANSELMO entran en la alcoba de FER-  
 NANDO.)

## ESCENA VI.

DOÑA MARIA.

¡Qué fingir!... ¡Tambien yo tengo  
que ocultar mi padecer!

Me siento desfallecer:

¡no sé cómo me sostengo!

(Ha ido acercándose hácia el término en que se  
marca el tiesto de la lumbre.)

¡No hay lumbre! ¡Dios mio! ¡Nada!

(Abre la ventana, que cierra en seguida.)

¡Ya es de noche! ¡Está nevando!

¡Tengo frio! ¡Estoy temblando!

(Levanta el cántaro, que vuelve á dejar con des-  
aliento.)

¡El tiene sed!... ¡Está helada!

¡Ah! no importa, es necesario  
romper su cárcel de hielo!...

(Por la nieve que se ve al abrir la ventana.)

¡Tanta blancura en el suelo  
y aquí tan negro sudario!

(Toma el cuchillo de la mesita y rompe el hielo  
del cántaro.)

¡Ya está!... pero inútil fué,  
no podrá beberla así:

¡y no tengo medio!... ¡Ah! Sí,  
un medio tengo; ¡ya sé!

(Echa agua en un vaso y le abriga con sus ma-  
nos.)

Con mis manos; fácil modo  
que dá la naturaleza:

no es tan pobre la pobreza,

¡las madres lo tienen todo!

¡Caiga nieve endurecida

sobre mi pobre techumbre,

aun sobra en mi seno lumbre

para el hijo de mi vida! .

(Despues de una pausa y tratando de asirse á  
cualquier objeto, sin que la dé tiempo á esto el  
desmayo de que se ve acometida.)

¡Ay de mí! Siento girar  
 mil luces. ¡Voy á caer!  
 ¡Y no me pueden valer,  
 que no les quiero llamar!  
 ¡Voy á perder la razon!  
 ¡Yo lumbre y me rinde el frio!  
 ¡El agua!... ¡Fernando mio!  
 ¡Hijo de mi corazon!

(Cae desmayada en el suelo con el vaso que tenía en las manos).

### ESCENA VII.

TERESA, ANSELMO (aparecen precipitadamente en escena atraídos por el ruido que produce la caída de Doña María. TERESA no puede contener un grito del alma).

TERESA. ¡Madre!

ANS. ¡Silencio, por Dios,  
 que no se entere tu hermano!

FERNANDO. (Dentro.) ¡Madre! ¡Madre!

ANS. ¡Ya es en vano,  
 el cielo olvida á los dos!

(Con movimientos muy rápidos han incorporado á Doña María lo suficiente para que estribe en TERESA, que se ha arrodillado cerca de ella y la besa con efusion en la frente.)

FERNANDO. (Dentro.) ¡Madre!

ANS. (Desatiende un breve instante á Doña María para dirigirse en voz alta á FERNANDO desde la puerta de la alcoba).

¡No es nada, no hay mal!  
 Ella salió hace un momento,  
 abrió la ventana el viento  
 y se ha quebrado un cristal.

(Vuelve al lado de Doña María y la levanta en sus brazos ayudado de TERESA.)

A su lecho pronto.

TERESA. (Por la otra pieza que habrá en el segundo término de la derecha).

¡Allí!

ANS. Deja, yo sólo podré,  
no temas, desmayo fué,  
mira, ¡ya vuelve!

MARIA. ¡Ay de mi!

(Entran á Doña María y vuelven á escena á los pocos instantes).

## ESCENA VIII.

TERESA y ANSELMO.

ANS. No es tanta mi ceguedad  
que no entienda lo que pasa;  
hoy no hay pan en esta casa;  
dime, ¿no es cierto?

TERESA. Es verdad.

ANS. Antes debí adivinarlo;  
no te exijo confianza,  
de sobra á mí se me alcanza  
que dá rubor confesarlo.  
Voy y pronto volveré.

TERESA. ¿Dónde vas?

ANS. No sé.

TERESA. ¡Responde!

ANS. Te juro que no sé á dónde,  
sólo he meditado á qué.

TERESA. ¿Vas á por dinero?

ANS. (Con algun embarazo.) ¡Sí!  
No es mejor suerte la mía;  
tambien amaneció el dia  
desgraciado para mí.  
Y tu madre, á no dudarlo,  
aunque la infeliz batalla  
con cien penas, cedió...

TERESA. ¡Calla!

¡Espanta sólo el pensarlo!  
¡Ah! Nos salva la piedad  
de aquella santa muger,  
un ángel debía ser  
que envió la caridad.



Ans. ¡La caridad!...

TERESA. ¡Sí! ¡Por Dios,  
sálvala, que es lo primero!  
(Dándole el dinero que la dió CONSUELO.)

Toma, vé, que yo no quiero  
alejarme de los dos.

Ans. ¡Una limosna! ¡Aun hay más  
humillacion! ¡Quién dijera!...  
¡Ah! Fernando, si él supiera...  
¡Que no lo sepa jamás!... (Vase por el foro.)

### ESCENA IX.

TERESA postrada ante la imagen de la Dolorosa.

¡Virgen querida  
de los Dolores;  
tú que sufriste  
penas enormes;  
tú que me miras,  
tú que me oyes,  
calma mi duelo,  
dáme dulce esperanza, paz y consuelo!  
¡Piadosa madre  
del desvalido,  
de los que sufren  
cruel martirio,  
de los que lloran  
su bien perdido;  
vuelve tus ojos,  
y mírame á tus plantas puesta de hinojos!  
¡Ea, señora,  
nuestra abogada,  
único amparo  
de la desgracia,  
no me abandones,  
Madre adorada,  
seca mi llanto,  
mitiga mis dolores y mi quebranto!

## ESCENA X.

D. FERMIN y TERESA.

- FERMIN. Dios escuche tu oracion.  
Muy bien, muy bien hija mia.  
¡Qué de las almas sería  
sin la santa devocion!
- TERESA. ¡Qué quiere usted!
- FERMIN. ¿Así estás?  
¿Te causa el verme sorpresa?  
Vamos, ten juicio, Teresa,  
que tú no lo perderás.
- TERESA. ¡Tenga usted piedad!
- FERMIN. Por eso  
nada más, niña, he venido;  
me arrepiento de que he sido  
algo duro y lo confieso.  
Más yo mismo me impondré  
la más justa penitencia,  
y de hoy más, la Providencia  
de esta familia seré.
- TERESA. ¡Será cierto!
- FERMIN. Más despacio, (Bajando la voz.)  
para inter nos, hija mia.  
Esta casa es fea y fria,  
tú mereces un palacio;  
lo que tú quieras tendrás... .
- TERESA. (Con indignacion.)  
¿Qué me va usted á proponer?
- FERMIN. Ahora lo vas á saber;  
qué me quieras nada más.
- TERESA. (Con energía.) ¡Salga usted!
- FERMIN. Mira, ten calma  
y óyeme bien cuanto te hable.
- TERESA. ¡Este hombre es un miserable  
sin corazon y sin alma!
- FERMIN. No des lugar á que ejerza  
violencias que han de perderme;  
mira que vas á quererme,

si no de grado, por fuerza.

TERESA. ¡Gritaré!

FERMIN. (Con perversa intencion.) No gritarás;  
¡está el enfermo espirando!.....

(La persigue y Teresa vá á refugiarse en la alcoba de FERNANDO, al tiempo que aparece este y cae en sus brazos cuando dice: ¡Ah, favoréceme!)

TERESA. ¡Madre! ¡Fernando! ¡Fernando!  
¡Ah, favoréceme!

## ESCENA XI.

Dichos, DOÑA MARIA por la segunda puerta, ANSELMO por la del fondo: FERNANDO descubre la cortina de su alcoba y aparece á tiempo de recibir á TERESA en sus brazos. Viste una bata oscura y su aspecto denota la terrible enfermedad que le arrebató la vida en la flor de su edad. Es un aneurisma que no le priva de conservar su voz robusta hasta los últimos momentos.

FERNANDO. ¡Atrás!

(ANSELMO aparece al mismo tiempo que los demás personajes; deja caer un lio que trae, le arroja precipitadamente sobre la mesita del último término, de la que toma el cuchillo que hay en este sitio y acomete á D. FERMIN, que al aparecer FERNANDO ha tratado de huir.)

ANS. Infame, vas á morir.

¡Y que el infierno te acoja!

FERNANDO. ¡Anselmo, el cuchillo arroja  
y déjale en paz salir!

(ANSELMO obedece, DOÑA MARIA se ha unido al grupo que forman TERESA y FERNANDO. D. FERMIN sale con visible espanto de la guardilla.)

## ESCENA XII.

Dichos, ménos D. FERMIN.

MARIA. ¡Hijo mio!

FERNANDO. ¡Madre amada!

Todo el mal fué el asustarse.

TERESA. ¡Fernando!

FERNANDO. Tranquilizarse,  
ya lo veis, no ha sido nada.

Conducidme á mi sillón,  
que me hizo débil el mal.

(Después de sentarse.)

Lo ocurrido es natural;  
ese hombre tiene razón.

ANS. ¡Cómo!

FERNANDO. ¡Te sorprende!

ANS. ¡Sí!

FERNANDO. ¡Tan poco sabes de mundo! .....

ANS. ¡Me inspira un ódio profundo  
ese malvado!

FERNANDO. No á mí.

ANS. ¿Pero obtendrá tu perdón?

FERNANDO. Ya le obtuvo; le perdono.  
¡No puede causarme encono  
quien merece compasión!

ANS. ¡Compasión!

FERNANDO. ¿Dudas creerlo?

Será que no has meditado,  
Anselmo; si es un malvado,  
¡qué más desgracia que serlo!

ANS. Más él será el responsable.....

FERNANDO. De nada.

ANS. Su impunidad.....

FERNANDO. Reclama á la sociedad,  
que es el único culpable.

ANS. Siempre escucho el mismo coro;  
¿y quién es ella?

FERNANDO. La ley.

ANS. ¿Y qué ley es esa?

FERNANDO. El rey.

ANS. ¡El rey!

FERNANDO. Sí, del mundo, el oro.

Como tal rey le acatamos,  
y así en su poder creemos;  
todo por él lo vendemos,  
todo con él lo compramos.  
Su virtud es conocida,  
y él impera en nuestra suerte,  
desde la vida á la muerte,  
y aun más allá de la vida.

ANSELMO. ¡Más allá has dicho?

FERNANDO. A los dos  
responde con su plegaria  
la Iglesia, la intermediaria  
entre los muertos y Dios.

ANSELMO. Pero yo, despnes de muerto...

FERNANDO. ¡Elige como hombre probó:  
ó declara que es un robo,  
ó convéncete que es cierto!  
Ese hombre vino á comprar,  
no le quisieron vender,  
y bien, ¡qué le hemos de hacer,  
sino dejarle marchar!  
Os asustó, y esto es todo:  
viste bien; es caballero;  
es rico y con su dinero  
busca el placer á su modo.  
Los pobres, ya se comprende  
que han de tener desventaja;  
¡quién come si no trabaja  
ó quién vive si no vende!  
Y es justo que lucha emprendan,  
sin que aquellos les ultrajen,  
por pedirles que trabajen  
ó apurarles porque vendan.  
Y no por esto les cobres  
ódio á los ricos; ¡torpeza!  
¡Qué hubiera sin la riqueza!  
Y en cambo, ¡á qué son los pobres!  
Si hasta la razon se inclina,  
qué me esfuerzo en convencerte:  
el débil sucumbe al fuerte,  
¡por eso el leon domina!  
¡Qué extraño que en la mujer  
el hombre dominio ejerza,  
siendo éste el de la fuerza  
y el otro el más débil sér!  
Si es rica, ya no es su estrella  
ni su suerte tan madrastra;  
el hombre entonces se arrastra  
para llegar hasta ella.

Mas si está desamparada  
 y es pobre y hermosa es,  
 se la deshonra y despues...  
 ¡se la deja deshonorada!  
 El que hambriento llega á hurtar  
 un pan en donde halla mil,  
 es un ladron, es un vil  
 que causa espanto mirar.  
 Pero el que roba su encanto  
 á una infeliz á traicion,  
 ese ni es vil, ni es ladron,  
 ni se le vé con espanto.

- ANSELMO. Pero tu mente está loca,  
 ¡ó estás en dolor deshecho?
- FERNANDO. ¡No ves que me ruge el pecho  
 y tengo hiel en la boca!  
 ¡No ves mis párpados rojos!  
 ¡No me ves agonizar!  
 ¡No ves que quiero llorar  
 y no hay raudal en mis ojos!
- MARIA. ¡Fernando, tu angustia calma!
- TERESA. ¡Hermano, vive por mí!
- FERNANDO. ¡No se vierte hiel así,  
 sin amargura del alma!
- TERESA. Lloro, llorar no es baldon,  
 ¡no el llanto te martirice!
- FERNANDO. Tanta verdad no se dice  
 sin secarse el corazon;  
 se aumenta su martilleo,  
 y algo lúgubre me advierte  
 que se aproxima la muerte  
 y ya sus crespones veo.  
 ¡Madre! ¡Hermana! ¡Amigo! ¡Ah!  
 ¡Estrechadme; tengo miedo,  
 que ya retener no puedo  
 esta vida que se vá! (Pausa.)  
 ¡Teresa, tú vas á hacer  
 más penosa mi agonía!  
 Infeliz hermana mia,  
 ¡por qué has nacido mujer!  
 ¡Siendo tan hermosa y pura,

siendo tan cándida y buena,  
 el mirarte me dá pena  
 y me daña tu hermosura!  
 Cuando se estingan de mí  
 el aliento y el calor,  
 ¡quién sabrá amar tu candor!  
 ¡Quién se apiadará de tí!

ANS. Yo, ¡Fernando!

FERNANDO. ¡Tú! Es verdad,

¡te dejo una égida en él!  
 ¡Tú siempre me has sido fiel!  
 ¡Tú tendrás de ella piedad!

ANS. Oh, sí; tú me has alentado  
 y es solemne la ocasion;  
 escucha la confesion  
 que vá á hacerte un hombre honrado.

Mil veces te referí  
 mi desamparo profundo,  
 pobre huérfano en el mundo  
 desde el dia en que nací.  
 Que á fuerza de querer ser  
 y de una lucha cruenta,  
 llegué á cajista de imprenta,  
 donde gano de comer.  
 Tú, escritor, no olvido el dia  
 en que estrechando mi mano,  
 me diste el nombre de hermano,  
 vez primera que le oia.

Era triste la ocasion,  
 los dos emigrados fuimos,  
 y juntos los dos comimos  
 el pan de la emigracion.  
 De entonces, ó tu bondad,  
 ó algo que explicar no acierto,  
 me hizo superior, y advierto  
 que no es tanta mi orfandad.  
 Cuando volvimos á España,  
 tú me hicistes conocer  
 á tu familia, y nacer  
 sentí en mí una cosa estraña.  
 Tenia sed de cariño

y soñaba sus delicias,  
 la ternura, las caricias  
 que me negaron de niño.  
 ¡Y en esta casa encontré  
 el bien de que carecia,  
 la hermana que no tenia,  
 la madre que nunca hallé!  
 ¡Y..... qué iba á decir!

FERNANDO. Acaba,  
 escucharé sin sorpresa  
 tu secreto.

ANS. ¡Amo á Teresa!

TERESA. ¡Yo ese amor adivinaba!

FERNANDO. ¡Anselmo! Y tú, hermana mia,  
 (Tendiendo la mano á ANSELMO.)  
 dime, ¿tú le amas?

TERESA. Sí.

FERNANDO. ¡Oh, gracias, haceis así  
 ménos triste mi agonía! (Pausa.)

¡Dios no quiere que sucumba  
 sin dar vida á vuestro amor;  
 fragante y hermosa fior  
 nacida al pié de una tumba! (1)

¡Qué digo, tumbas y flores!

¿Soy yo quien á morir voy?

¡Madre, si tambien yo estoy  
 en la edad de los amores!

¡Qué horror, la muerte, apartadla!

¡Mi juventud me convida!

¡Para qué dá Dios la vida  
 si tan pronto ha de quitarla!

(Comienza á sentirse una tanda de walses anima-  
 disimos, que no concluyen hasta el final de la  
 obra.)

¿Oís? ¡Escuchad! ¡Si, sí!

¡Apartad el ataud,  
 allí hay vida y juventud,  
 llevadme, llevadme allí!

¡Esos ecos alborozan

---

(1) Desde este punto suprimo todo género de observaciones, porque habiendo escrito la obra para *un actor*, él se encargará de estudiar las situaciones.



mi alma; no cesen, no.  
 ¡Llebadme, que pueda yo  
 gozar con esos que gozan!  
 ¡Quiero con ellos sentir,  
 y aturdirme con su ruido;  
 si yo tambien he nacido,  
 por qué yo no he de vivir!  
 ¡Pero es infame el tormento;  
 distancia igual nos separa  
 y he de escuchar su algazara  
 y no han de oir mi lamento! (Pausa.)  
 ¡Ven, Teresa, allí se anida  
 el placer con los amores,  
 allí hay aromas y flores,  
 y luz, y esperanza, y vida!  
 ¡Ven, Teresa, tú tambien  
 naciste para gozar,  
 teje guirnaldas de azahar  
 y orla con ellas tu sien:  
 no temas cause desdoro  
 á ese mundo tu pobreza;  
 resaltará tu pureza  
 más que las perlas y el oro!  
 Yo arrostraré de las bellas  
 la mirada desdeñosa,  
 y tu cruzarás, hermosa,  
 al lado de todas ellas.  
 ¡Ven, ven, huyamos de aquí  
 donde hay tan distinta suerte,  
 donde el ángel de la muerte  
 ya se cierne sobre mí!  
 ¡Ah, ya es tarde! ¡Vano anhelo!  
 ¡Todo acabó; sueño fué;  
 sí, yo sólo partiré  
 y te esperaré en el cielo!  
 ¡Cuál vuestra suerte será!  
 ¡Anselmo, son mi tesoro!  
 ¡Te confío cuanto adoro!  
 ¡Madre! ¡Madre! ¡Hermana! ¡Ah!





